

SUSANA VALLEJO

PORTA COELI

LA LLAVE
DEL SECRETO

edebé

Annotation

Por fin, los habitantes del Mundo, en el que reinaban Raquel y David, convivían con los de éste. Pero no se trataba de una convivencia pacífica ni mucho menos. El miedo hacia los extraños habitantes del Mundo y sus poderes siempre estaba presente, y a menudo se convertía en puro terror o en un odio abierto. Se habían esforzado para demostrar que juntos podrían hacer grandes cosas. Habían creado fundaciones y escuelas que investigaban, enseñaban y ayudaban a desarrollar las facultades que poseía la gran mayoría de los habitantes del Mundo; colaboraban con universidades, hospitales e instituciones para explotar sus capacidades; algunos tipos de operaciones neurológicas siempre contaban con un asesor del Mundo que guiaba y apoyaba al cirujano; enfermedades mentales de difícil pronóstico y curación ahora comenzaba a ser comprendidas... Pero también estaba la otra cara de la moneda: algunos gobiernos trabajaban con gentes del Mundo explotando sus poderes psíquicos para fines oscuros. Sabía de espías, de algunas muertes inexplicadas, de episodios que nunca se habían hecho públicos...

Todo ello alimentaba el recelo de demasiadas personas. Sí, era una convivencia cargada de tensión y desconfianza, un difícil equilibrio que bailaba sobre el filo de una navaja. Hasta que el mundo entero amaneció conmocionado.

Todo cambió para siempre en una noche y una noticia presidió los periódicos e informativos del día siguiente: Ha estallado la guerra.

SUSANA VALLEJO

La llave del secreto

Porta Coeli N°4

Edebé

Sinopsis

Por fin, los habitantes del Mundo, en el que reinaban Raquel y David, convivían con los de éste. Pero no se trataba de una convivencia pacífica ni mucho menos. El miedo hacia los extraños habitantes del Mundo y sus poderes siempre estaba presente, y a menudo se convertía en puro terror o en un odio abierto. Se habían esforzado para demostrar que juntos podrían hacer grandes cosas. Habían creado fundaciones y escuelas que investigaban, enseñaban y ayudaban a desarrollar las facultades que poseía la gran mayoría de los habitantes del Mundo; colaboraban con universidades, hospitales e instituciones para explotar sus capacidades; algunos tipos de operaciones neurológicas siempre contaban con un asesor del Mundo que guiaba y apoyaba al cirujano; enfermedades mentales de difícil pronóstico y curación ahora comenzaba a ser comprendidas... Pero también estaba la otra cara de la moneda: algunos gobiernos trabajaban con gentes del Mundo explotando sus poderes psíquicos para fines oscuros. Sabía de espías, de algunas muertes inexplicadas, de episodios que nunca se habían hecho públicos...

Todo ello alimentaba el recelo de demasiadas personas. Sí, era una convivencia cargada de tensión y desconfianza, un difícil equilibrio que bailaba sobre el filo de una navaja. Hasta que el mundo entero amaneció conmocionado.

Todo cambió para siempre en una noche y una noticia presidió los periódicos e informativos

del día siguiente: Ha estallado la guerra.

©2010, Vallejo, Susana

Editorial: Edebé

ISBN: 9788423696116

Generado con: QualityEbook v0.84

Susana Vallejo

La llave del secreto

© SUSANA Vallejo Chavarino, 2010

© EDEBÉ, 2010 Paseo de San Juan Bosco 62 08017
Barcelona www.edebe.com

Dirección editorial del proyecto: Reina Duarte

Diseño: Francesc Sala

www.portacoeli.net

Primera edición, abril 2010

ISBN 978-84-236-9611-6

Depósito Legal: B. 11887-2010

Impreso en España Printed in Spain

La llave del secreto pone fin a la tetralogía PORTA COELI. PORTA COELI ha sido una aventura maravillosa, mi primera. aventura en el mundo de las letras. Me ha abierto muchas puertas y por todo ello, ahora, al cerrar esta última, me quedo con un sabor agri dulce en mi interior.

He llevado el Mundo de Porta Coeli y a todos sus personajes pegados a la piel durante casi cinco años, y ahora los abandono y los dejo para siempre en vuestras manos, en las de los lectores.

Espero que os emocionen, entretengan y acompañen, como lo hicieron conmigo.

Ya os dije que siempre me ha parecido un rollo que antes de empezar un libro, en la primera página, el autor se ponga a dedicar y agradecer a un montón de desconocidos algo que al lector le importa un rábano. ¡Lo que quiere el lector es empezar a leer de una vez la novela!

Pero perdonadme, ¡caramba!, ¡no puedo evitarlo! He acabado este libro a las tantas de la madrugada, me muero

de sueño, la historia pone fin a años de trabajo... ¡Cómo no voy a poner un agradecimiento!

Y es que quiero dar las gracias a toda la gente de Edebe que me ha acompañado en esta aventura y que apostó por PORTA COELI desde el principio. ¡Gracias a todos!

Y también a Pep Burillo y Sergi Viciano, que durante la gestación de La llave del secreto estuvieron, sin saberlo, inspirando esta historia. (Ya os avisé que soy un vampiro que absorbe todo tipo de vivencias para plasmarlas en mis obras, ¿a qué no me creísteis?)

«Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara.»

Jorge Luis Borges

«La literatura te salva de todo.»

(Bueno, hala, un poco de paciencia,
que ya llega la historia...)

Introducción

HACÍA tiempo que no se ponía un vestido Largo y le costaba caminar sin pisarse aquella falda que se empeñaba en pegarse a sus piernas y enredarse en los tacones.

Había elegido un modelo de un tejido cobrizo y brillante, y aunque el estilo era un poco anticuado, en cuanto lo vio, supo que aquél sería el vestido que se pondría en su última recepción.

Dio unos retoques al peinado, pensando si ese complicado recogido aguantaría toda la noche. Mientras recolocaba el medallón que representaba una espiral y adornaba su escote, oyó que llamaban a la puerta.

—¿Majestad?

Escuchó a la camarera que se dirigió a abrir, repasó su imagen ante el espejo y se dirigió hacia el hall de la suite .

Michael la esperaba allá. Él se empeñaba en vestir con los anticuados ropajes del Mundo. Su uniforme de gala consistía en una chaqueta larga que parecía de húsar, botas altas y una camisa blanca con chorreras.

En cambio Raquel siempre había preferido vestir «a lo occidental». Pensaba que para ser aceptados por la sociedad, no debían andar por ahí con el aspecto de haber salido de una película de época o de una opereta.

En cuanto la camarera desapareció, Michael sonrió.

—¿Preparada?

Ella asintió.

Estás muy guapa —y antes de que Raquel le pudiese dar las gracias, él tiñó su voz con una seriedad desacostumbrada y continuó—: ¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—Estoy cansada, Michael. Necesito recuperar mi vida... Necesitamos recuperar nuestra vida —rectificó.

—Lo has hecho muy bien durante todo este tiempo.

—No, no lo hecho bien; lo he hecho lo mejor que he sabido.

Raquel recordó esos últimos diez años que parecían haber volado.

David y ella continuaban siendo los reyes de un mundo que ahora no tenía que ocultarse. Por fin, los habitantes del Mundo convivían con los de éste. Pero nada había resultado tan fácil como ella había pensado. No se trataba de una convivencia pacífica ni mucho menos.

El miedo hacia los extraños habitantes del Mundo y sus poderes siempre estaba presente, y a menudo se convertía en puro terror y en un odio abierto.

Todo había cambiado desde que habían alcanzado el poder. Se habían esforzado para demostrar que juntos se podrían hacer grandes cosas. Habían creado fundaciones y escuelas que investigaban, enseñaban y ayudaban a desarrollar las facultades que poseía la gran mayoría de los habitantes del Mundo. Colaboraban con universidades, hospitales e instituciones para explotar sus capacidades. Algunos tipos de operaciones neurológicas siempre contaban con un asesor del Mundo que guiaba y apoyaba al cirujano, enfermedades mentales de difícil pronóstico y curación, ahora comenzaban a ser comprendidas...

Pero también estaba la otra cara de la moneda. Ella sabía que algunos gobiernos trabajaban con gentes del Mundo explotando sus poderes psíquicos para fines oscuros. Sabía de espías, de algunas muertes inexplicadas, de episodios que nunca se habían hecho públicos en los que seguramente habría intervenido su gente...

Todo ello alimentaba el recelo de demasiadas personas.

Sí, ahora las gentes de ambos mundos convivían en éste. Pero era una convivencia cargada de tensión y desconfianza, un difícil equilibrio que bailaba sobre el filo de una navaja.

Y ella estaba cansada. Raquel nunca había querido tener ningún protagonismo, y sin embargo seguía siendo reina del Mundo.

A menudo recordaba lo que David le había dicho hacía tanto tiempo en esa vida que ahora se le antojaba tan lejana y ajena: «Ahora eres un símbolo, Raquel».

Y a su pesar, continuaba siéndolo.

Diez años después seguía manteniendo ese cargo que ella nunca había deseado. David y ella se habían convertido en una suerte de embajadores del Mundo. No gobernaban, no tenían ningún poder, pero representaban al Mundo. La Cámara gobernaba y ellos, año tras año, habían continuado, como a ella le gustaba decir, representando al Mundo como si se tratase de un par de «agentes comerciales» que visitaban a los gobernantes de los países para enseñarles «un catálogo» de todo lo que les podían ofrecer y convencerlos de que la convivencia pacífica entre gentes con poderes era perfectamente posible.

A lo largo de esos años habían conseguido ser aceptados en la mayoría de los países e iniciar cientos de proyectos de colaboración. Aunque a veces lo más atractivo para muchos gobiernos era el simple intercambio de productos procedentes del Mundo. Ésa era otra de las actividades que habían fomentado y que más beneficios les había reportado. Era un asunto que a ella le aburría soberanamente y que sin embargo había resultado de los más ventajosos para el Mundo.

Diez años habían transcurrido también desde que se casó con David.

Y en esos diez años, que parecían haber volado, nunca había dejado de añorar estar a solas con él, deseando convertirse de nuevo en una pareja anónima, normal y corriente.

A menudo recordaba los días que habían pasado solos, cuando murió la anterior reina y él había vuelto a buscarla a la Universidad de Barcelona. Entonces nadie los co-

nocía, y disfrutaron de cinco días juntos. Cinco maravillosos días viajando en busca de una Puerta al Mundo sin más obligación que amarse y conocerse.

Después de aquellos cinco días, Raquel se convirtió en la nueva reina. Ganó un cargo y perdió para siempre su vida privada, y con ella toda la intimidad.

«Eres un símbolo.»

Pero ella nunca había querido serlo.

Sin apenas darse cuenta, se había embarcado en una rueda en la que ella apenas decidía nada. Una rueda que había intentado abandonar al menos tres veces. Dejar el cargo se había convertido en su sueño secreto. Pero siempre uno u otro compromiso se lo habían impedido.

«¿Quién podría hacerlo mejor que vosotros?»

Ella no había sido educada para vivir así. Nunca deseó ser la reina del Mundo.

Quería recuperar su vida con David. Tan sólo deseaba acurrucarse junto a él cuando llegaba la noche, viajar con él en el mismo avión, en el mismo coche; pasear por una ciudad sin estar rodeada de políticos, de la corte, de los de Seguridad... Añoraba poder compartir con él una pizza en cualquier restaurante, solos, a la luz de una vela, para después volver caminando juntos a casa, abrazados, para regresar a cualquier lugar que poder llamar hogar. Deseaba formar parte de una vida normal y anónima. Pero sobre todo sentirse parte de una pareja corriente y sencilla.

—Quiero recuperar mi vida de una vez por todas —repitió a Michael.

Llamaron a la puerta y los dos se envararon. En presencia de otros volvían a ser la reina y su decano.

—La limusina está preparada.

Raquel tomó el bolso de fiesta que hacía juego con su vestido, echó un vistazo fugaz al espejo y abandonó la suite.

En el breve recorrido que siguió hasta el palacio, Raquel contempló con curiosidad cómo había cambiado la ciudad en la que había crecido.

La recepción se celebraba en el Palacio Real, muy cerca de la zona universitaria.

En aquella universidad había empezado todo. No había mejor lugar para anunciar oficialmente que decían adiós a su cargo. Era como si cerrasen un círculo.

Todo había empezado en Barcelona y por ello la ciudad se había convertido en lo más parecido a la capital del Mundo. Allí se encontraban las primeras instituciones, escuelas, fundaciones y la principal embajada.

Sí, todo había empezado allí, y allí terminaría.

Raquel sonrió a la noche que de pronto le parecía llena de posibilidades y le anunciaba la entrada a una nueva vida.

Cuando el automóvil paró frente a la entrada, Michael le abrió la puerta y ella salió con una elegancia que se había visto forzada a aprender.

Se irguió, colocó con un gesto natural el vestido y fijó su mirada en la de Michael. Así no la cegarían los flashes de los fotógrafos.

Un cordón de seguridad los mantenía a raya.

Ya se había hecho público que abandonarían el cargo. Por eso una multitud más abundante de lo habitual la apuntaba con las cámaras.

—Cintia ya ha llegado —murmuró Michael a su lado—. David acaba de aterrizar en el aeropuerto. Llegará enseguida.

Ella asintió distraída.

Se dirigieron hacia la entrada. Los pies de Raquel agradecieron la moqueta acolchada que amortiguaba sus pasos con aquellos recién estrenados zapatos.

Siempre era lo mismo. Tan sólo debía mostrarse amable, escuchar a aquéllos que le eran presentados, memo—

rizar nombres, sonreír, ignorar las miradas de temor y recelo que se cruzaban con la suya, y sobre todo, nunca, nunca jamás, hacer gala de los poderes que poseía.

Caminó despacio, muy erguida, hasta cruzar la verja. Después se volvió, saludó a la prensa, permaneció unos segundos en pie para que pudiesen hacerle algunas fotografías y sonrió como hacía años que no sonreía: con sinceridad.

«La última vez. Esta es mi última vez.»

Respiró el aire limpio de la noche y llenó sus pulmones de energía. Contempló la silueta del palacete que asomaba entre la vegetación del jardín y se encaminó hacia él. A su paso algunos grupos se apartaron.

El sendero estaba flanqueado por modernas antorchas de luz que imitaban llamas de fuego. Raquel fijó la vista en una de ellas y de pronto le pareció que el calor de un incendio la recorría de abajo arriba en apenas un segundo.

Se quedó paralizada por la sorpresa.

«¿Todo va bien?», le preguntó Michael sin pronunciar una sola palabra en voz alta.

Ella asintió. ¿Qué había sido eso? ¿Por qué de repente sentía aquellas ganas de salir corriendo?, ¿de abandonar el lugar?

Las luces creaban sombras fantasmales que bailaban sobre los árboles centenarios. Raquel extendió sus percepciones alrededor. Todo parecía tranquilo. La brisa nocturna arrastraba los olores de las plantas y las flores de los patios. Encontró las presencias durmientes de algunos pájaros y las serenas pautas de los ostes y los *suvijs* y las criaturas que bebían de la excitación y el habitual temor de muchos de los presentes.

Siguió caminando con calma hasta llegar al palacete. Cuando entró en él, levantó las barreras que la protegían de las redes mentales de los demás y sintió una ola de calor que rezumaba humanidad.

La diferencia con el aire del exterior le resultó brutal.

Ni siquiera el aire acondicionado podía refrescar aquella atmósfera acalorada y densa.

Se preguntó cuántos de los presentes podrían sentir la bofetada de energía que se ocultaba bajo aquel calor.

Ignoró los cientos de *suvios* y *curios* que se arremolinaban en el interior cubriendo el suelo y parte de las paredes, y volvió a cerrar sus sentidos para que aquella marea de sensaciones y pensamientos confusos no la mareasen.

Buscando un anclaje de calma, se concentró en el maestro Arthur, que la estaba esperando en el umbral junto al Mayor, el responsable de Seguridad de la corte.

Las redes mentales del maestro Arthur aparecían ante ella como un inmenso mar ondulando bajo los efectos de una suave brisa. Él era uno de sus más próximos hombres de confianza. Probablemente el más poderoso, después de ella misma, pero sin embargo era una persona tranquila. Sus pautas emanaban una sensación de paz que siempre la habían calmado. Admiraba y quería al mejor de sus maestros.

Como siempre, al entrar en el recinto, se halló rodeada de una nube de extraños. Arthur se los presentó y Raquel desplegó sonrisas amables a todos los que la saludaron, ya mostrasen una mirada curiosa, cálida o gélida. Permitted que manos sudorosas, blandas, frías o duras tomasen su mano, mientras repetía «Encantada» y «Mucho gusto». Fijó su atención en las caras de aquéllos que desempeñarían un papel importante en la recepción. Y en los que sabía que permanecerían esa noche junto a ella.

El maestro la condujo hacia el lugar que ocuparía durante los discursos y le presentó al alcalde.

Ella sonrió mecánicamente al hombre que apretó su mano como si se tratase de una garra y le dirigió unas palabras amables.

—Ya nos habíamos encontrado hace unos años... Cuando el Museo del Mundo en Barcelona era sólo un pro-